

Jardín agreste y bello,
 ¡Con qué placer te miro!
 Revive de mi pecho
 La amortiguada fe;
 Contemplo tus encantos,
 Tu atmósfera respiro;
 Adiós, vergel hermoso,
 Jamás te olvidaré.

Ausente, veré en sueños
 Tus flores, tus cabañas,
 Tu panorama hermoso
 Que ante mi vista está;
 Y en alas de la brisa
 Que corre en tus montañas
 Mañana á visitarte
 Mi corazón vendrá.

Coatepec, Enero 21 de 1889.

EN LA FERIA DE TLACOTÁLPAM

Á LA SEÑORA DOÑA PETRONILLA CHÁZARO DE CHÁZARO.

Está en su punto la feria
 De la alegre Tlacotálpam,
 Todo es músicas y risas
 Y confusión y algazara.

Por las pintorescas calles
 Entre las risueñas casas
 Todas con portales blancos
 Y con tejados de grana,
 En medio de los fulgores
 De las encendidas hachas,
 Retozando con el pueblo
 Ya pasó la mogiganga.

¡Qué extraños los gigantones
 Que se achican y se agrandan
 En manos de los chicuelos
 Que con orgullo los cargan!

¡Qué revoltosos los toros,
 Los elefantes, las garzas,
 Que, como si fueran vivos,
 Asustando al vulgo pasan!

¡Qué alegre está, qué contenta
 La reina del Papaloápam!
 Se preparan al *embalse*
 Las corredoras piraguas,
 Pintadas con los colores
 Del pabellón de la patria;
 Coronadas de banderas,
 De gallardetes y flámulas,
 Y listas para moverse
 Al romper la luz del alba.

La gente que está en el muelle
 Dichosa se mueve y canta,
 Y en las puertas de la Iglesia
 Las mujeres apiñadas,
 Pugnan por ver á la hermosa
 Virgen de la Candelaria,
 Que viste traje muy rico
 De seda luciente y blanca,
 Por mano de las doncellas
 Con arte y amor bordada.
 Es el altar de la virgen
 Ancho torrente de llamas
 Que fingen un firmamento
 De inmensas estrellas áureas.

Fuera del templo, y llenando
 De rumor la alegre plaza,
 El pueblo formando coro
 Se entrega libre á la danza.

¿Quién á los bailes de *sones*
 No va á dar una mirada,
 Onde con lascivas notas
 Suebla el aire la guitarra?
 Allí no penetra nunca
 La tierna, exquisita dama
 Que en los tranquilos hogares
 Es reina en virtud y gracia.
 Al no está la señora
 Orullo y flor de su casa,

Encanto y luz de la costa,
Lujosa y aristocrática.

Llenan el baile de sonos
Jarochas de rompe y rasga,
Que en la sonante tarima
A vista de todos danzan.

Es la jarocha, morena,
Con faz por el sol tostada,
Ojos negros y brillantes
Como los ojos del águila;

Con un andar muy garboso
Y una sonrisa muy franca
Y un talle esbelto y flexible
Que se cimbra cuando marcha.

Tiene los negros cabellos
Sujetos en trenzas largas,
Que circundan su cabeza
Con aire de musulmana;

Ciñe las trenzas oscuras
La cinta azul ó encarnada,
Que en ancho y vistoso moño
Sobre la frente remata;

Por detrás de la cabeza
Relumbrando se destaca
Ostentoso cachirulo
Con rica teja dorada;

Envuelve su airoso cuello
Rica pañoleta blanca,
Ligera como la espuma,
Brillante como la plata;

Rebozo de grandes puntas
Cubre su mórbida espalda,
Y con donaire descende
Sobre la ligera enagua
Que adornan anchos olanes,
Lustrosa y almidonada.

Al bailar, con qué soltura
Pone los brazos en jarras,
En tanto que en torno suyo
Canta el pueblo las *guarachs*:

« Jarochita de mis ojos,
¿Por qué me olvidas ingrata?
Mírame y dame la muerte,
Jarochita de mi alma.

« Deje mi corazoncito
A la sombra de una palma
Y una jarochita infame
Lo mató de una mirada. »

Aplaude el pueblo los cantos,
Unos gritan, otros bailan,
Otros arrancan sollozos
A las dolientes guitarras,
Y así se pasa la noche,
Y así llega la mañana,
Entre risas y suspiros
Y confusión y algazara,
Mientras hermoso, imponente,
Con su manto de esmeralda,
Alegra y fecunda el río
Cocos, cafetos y cañas.

¿Quién sufre terribles duelos?
¿Quién llora penas amargas?
Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotalpam.
El nenúfar de las ondas,
De la costa la sultana,
Trono de las mariposas
Y perla del Papaloápam.

Tlacotalpam, Febrero 4 de 1899.

BIBLIOTECA ALFONSO SAINA

AL PAPALOÁPAM

Á MI FINO AMIGO EL SEÑOR D. JUAN CHÁZARO SOLER.

¡Salve, anchuroso río,
Con muros de esmeralda por riberas!
¡En medio de tus ondas pasajeras
Concibe á Dios el pensamiento mío!

Con eterna ansiedad é igual encanto
Hasta la mar profunda te deslizas,
Y al blando soplo de las auras rizas
Sobre un abismo azul tu regio manto.

No hay en mi numen que tu luz abrasa
Nada digno de tí. Débil aspiro
A cantar tu esplendor. Prosigue, pasa....
¡Al ver tu majestad, callo y te admiro!

¿Qué mano augusta y pródiga en belleza,
Al extenderte sobre el virgen suelo,
Coronó con sus pompas tu grandeza?
¡Nuestra madre inmortal, Naturaleza,
En tus remansos aprisiona el cielo!

¿Qué estrofas no aprendidas te murmura,
Robándote al pasar tus frescas galas,
La brisa que deshace con sus alas
El niveo encaje de tu linfa pura?
Estrellas tejen tu inmortal corona
En las noches del trópico calladas,
Y las tibias, tranquilas alboradas,
Oro derraman en tu fértil zona.

Cuanto la tierra esconde
Hermoso y rico en montês y praderas
Su gran tesoro de misterios lleno,
Lo puso en tus riberas
Y lo fecunda tu anchuroso seno.

Si muere el sol en lecho de escarlata,
Líquida lumbre entre sus ondas brilla,
Y en ellas alza la cortante quilla
Al moverse el bajel, rosas de plata.

La alegre casa rústica escondida
De tu serena margen en la falda,
Y la palmera erguida
Con su inmenso penacho de esmeralda;
En el diáfano espacio,
Fúlgida antorcha que á lo lejos arde,
Lágrima de topacio
La solitaria estrella de la tarde;
Bordando las laderas
Del pescador humilde las cabañas;
Las espigas en anchas sementeras;
La agreste soledad en las montañas;
El resonante coro
A que tu eterno murmurar responde
Y en que á los gritos del salvaje loro
Se mezcla el arpa de oro
De los jilgueros que la yagua esconde;
La tonina saltando en tus espumas
Que el pesado alcatraz roza intranquilo;
La esbelta garza de nevadas plumas
Burlando el asechar del cocodrilo;
El huaco centinela entre el follaje,
La guacamaya de pausado vuelo,
Y como bardo errante del bosque
El pardo ruiseñor, eco del cielo:
Todo forma tu trono y tu paisaje,
Todo matiza y borda tus orillas,
Y tú grande, magnífico, fecundo,
En medio de tan regias maravillas
Buscas por tumba el mar del Nuevo Mundo.

Eres la eternidad que se desliza
Sobre las obras frágiles humanas,
Y mira igual el fuego y la ceniza
Mientras el soplo de los siglos riza
Su larga cauda de temblantes canas.

Corre, anchuroso río,
Corre y torna á correr sin detenerte;
Todos vamos á un fin triste y sombrío:
¡Tú vas hácia la mar, yo hácia la muerte!

¡Tú puedes, en tus fértiles riberas,
Ver nacer y morir, año tras año,
Aves, flores, espigas y palmeras,
Sin que nunca en invierno sientas daño
Ni te alienten las dulces primaveras!

Indiferente á todo, raudo lanzas
A un abismo sin fin tus verdes ondas,
Y arrastras cual perdidas esperanzas
Las aves muertas, las marchitas frondas,
El roble añoso por el rayo herido,
Los frutos arrancados
Antes de que estuvieran sazonados,
Y algún desierto nido,
Hogar sin fe ni amor, que va al olvido!

Cual tú rápido vas al Océano,
Siempre lleno de luz y en blanda calma,
Vuela á lo inmenso el pensamiento humano
Copiando en su cristal el sol del alma.

Así vuelan las aves de colores
Que en el nidal de la ilusión se crían;
Así se van la dicha y los amores
Que á las volubles ondas todo fian;
Así cual tú, se lanza
A otro abismo sin fondo la esperanza;
Así la hermosa juventud camina
De místicos acentos al arrullo,
Y así todo declina
De la corriente humana en el murmullo.

¡Sólo tú eres eterno!

Ni te abrasas
Con la lumbre del sol, ni en el invierno
Tus ímpetus sosiegas! Siempre pasas
Y el hombre envidia tu pasar eterno!

¡El hombre, el rey que en tus volubles olas
Callando males que su pecho afligen,
No puede nunca, meditando á solas,
Saber su fin ni descubrir su origen!

¿De dó viene? ¿A dó va?

¿Quién ha logrado
Su destino explorar? ¡Negra es la suerte

Que esconde lo futuro y lo pasado!
¡Tú paras en el mar, él en la muerte!

Deja que mi cansada fantasía
Tu regia pompa y majestad admire;
Deja que el alma mía
Mirándote correr sienta y se inspire.
Eres grande y hermoso,
Cuando entre flores mil soberbio creces,
Y si te encrespa el norte proceloso,
Gigante brazo de la mar pareces.

A la ciudad risueña,
Que como amante tuya se reclina,
Plácida, pintoresca y halagüeña,
En tu clámide azul y cristalina,
Prestas eterno encanto á sus riberas,

A sus jardines das verdor y galas,
Y se mira en tus ondas pasajeras
Cual níveo cisne de brillantes alas.
¡Llévame allí!..... Sacude la tristeza
Que embarga y mata el pensamiento mío
Y prosigue soberbio de belleza.....
¡Dios existe! ¡Tú copias su grandeza!
¡Salve, mil veces, anchuroso río!

A bordo del « Tenoya, » Enero 31 de 1889.

BIBLIOTECA ALFONSO SAINA

EN TLACOTÁLPAM

Á MI AMIGO EL GENERAL JUAN ENRIQUEZ.

No con necias presunciones
Os dirijo la palabra,
Que es desacato con versos
Interrumpir una danza.
Soy como el ave de paso
Que hospeda florida rama
Y el ave entre tantas flores
Se siente feliz y canta:
Seré breve, y dadme oído
Que os voy á hablar con el alma.

Es una ciudad risueña
Alegre y hospitalaria,
La que lleva el justo nombre
De perla de Papaloápam.
Surge entre las verdes ondas
Como una paloma blanca,
Porque es la novia del río
Más hermoso de mi patria.
Centinelas vigilantes
Y opulenta alfombra de oro
Sus anchos campos de cañas.
¡Qué limpias son sus auroras
En horizontes de nácar....!
¡Qué crepúsculos tan tibios
En sus tardes sosegadas!
¡Que música misteriosa
Su dulce paz acompaña
Cuando son manos las brisas
Y los nenúfares arpas.....!
¡Cómo matizan los pliegues
De su manto de esmeralda
Las rosas, urnas de aroma,
Los nardos, cetros de plata!

¡Cuánta paz en los hogares,
En los campos y en las auras!
En el carácter franqueza,
Honradez en la palabra,
Sin engaños en la forma
Ni doblez en la mirada,
Ofrecen sus moradores
La hospitalidad más franca,
Y al que le llaman su amigo
Como su hermano le tratan,
Porque á quien le dan la mano
Con ella le dan el alma.
Es una ciudad muy bella,
La perla de Papaloápam,
La ciudad novia del río
Más hermoso de mi patria.

Feliz y brillante pluma
La que acierte á retratarla,
Describiendo en dulces versos
Cuanto en su recinto guarda;
La dama de sus hogares
Es una perfecta dama,
Bella cual la flor del río
Que vió deslizar su infancia;
Es en el andar airosa,
En el mirar recatada,
Para sus virtudes, reina;
Para su deber, esclava;
Nunca hipócrita ni aleve,
Y siempre sincera y franca.

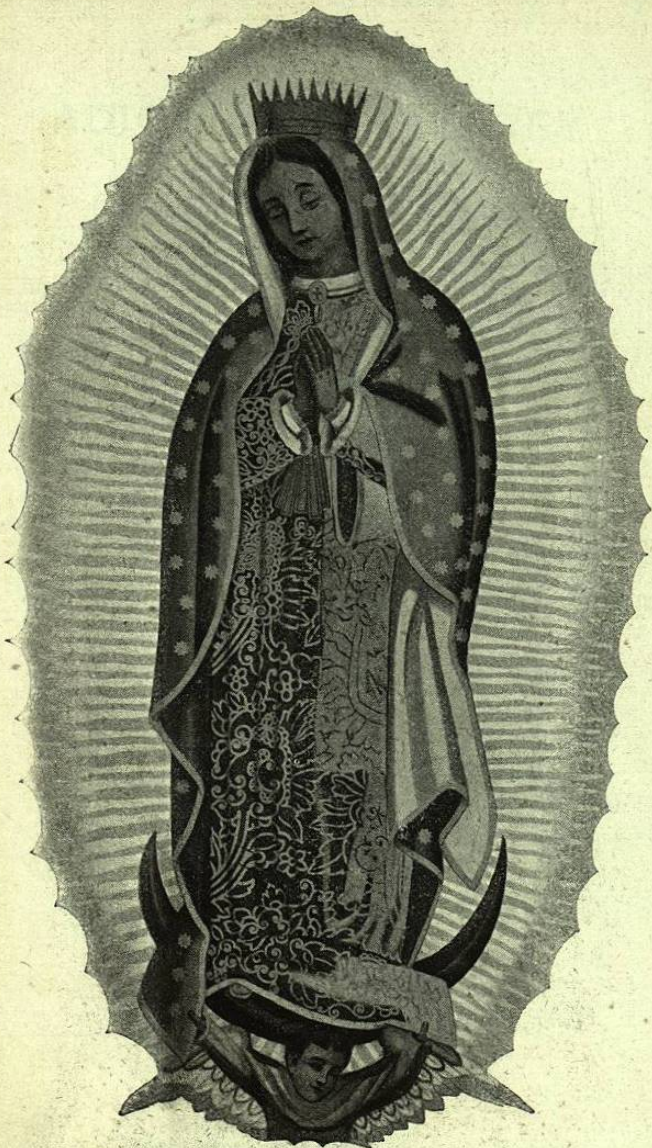
¡Oh mujeres de la costa
Que el indiano sol abrasa!
¡Oh flores cuyos encantos
Las verdes ondas retratan!
Dejadme que osado os cante
Con arpa mustia y cansada,
Como el cardo de la tierra
Canta á los lirios del agua,
Poniendo para cantaros
Mi corazón en el arpa.....!

Mañana estaré muy lejos
De vuestra tierra encantada,

Y al recordar sus hechizos
Sentiré muy triste el alma.
Me llevo dulces recuerdos
Que ni se borran ni pasan,
¿Habéis visto cómo surge
Entre las ondas gallarda
Esta ciudad á los ojos
Del que deja tierra extraña?
Si fuera pintor, pudiera
Copiar el panorama:
Miranse los corredores
De esbeltas columnas blancas
Como si fueran de nieve
O de reluciente plata,
Recordando con sus arcos,
Sus puertas y sus ventanas,
Los muros y minarettes
De una ciudad musulmana;
Y así en sus rojos tejados
Como en sus callejas largas,
Se sorprende una sonrisa
Espontánea, alegre y franca,
Que está diciendo al viajero:
— Entre todas estas galas,
Lo que encontrarás, si llegas,
Es la lealtad en el alma.

¡Y queréis que yo me olvide
De la alegre Tlacotalpam!
Su recuerdo mi memoria
Ya para siempre lo guarda.
¡Oh perla de la corona
Que ciñe libre mi patria!
Que siempre las verdes ondas
Que tu hermosura retratan,
Te encuentren feliz, risueña,
Próspera, rica y en calma,
Y que al hablar de tu suerte
Las gentes propias y extrañas,
Digan lo que yo te digo
Desde el fondo de mi alma:
Es un edén de ventura
La perla de Papaloápam.

Tlacotalpam, Febrero 3 de 1889.



Efigie de N. S. de Guadalupe, que fué el emblema
del Cura Hidalgo en la guerra de la Independencia.